

grosa; considerando la vida bajo este aspecto, queria, con la suave ironía que le era habitual, que se la rindiesen gracias porque él le habia abandonado.

Poco tardó Atenas en reconocer su crimen y arrepentirse de él; Melito fué muerto por el pueblo, Anito se fugó, sus demas perseguidores tuvieron que sufrir unos una multa, otros la infamia y todos los remordimientos.

CAPÍTULO XI

Retirada de los diez mil.

Ahora debemos dirigir nuevamente nuestras miradas hácia la Persia que tanta parte tuvo en las vicisitudes de Grecia. Cuando la derrota sufrida junto al rio Eurymedon (496), y la pérdida de Chersoneso de Tracia cerraron la Europa á los persas, se retiró Jerjes á su serrallo, donde, como ya dijimos, fué muerto. Durante los cuarenta años del reinado de Artajerjes (465—424) ofreció el imperio señales de decadencia, y aun cuando aquel príncipe estuviese dotado de insignes prendas, no tuvo valor ni voluntad de aplicar el oportuno remedio. Histapo sublevó la Bactriana contra su hermano que no pudo triunfar de él, sino despues de dos batallas; ocuparonle en un principio sériamente la guerra de Atenas, ora sorda, ora declarada, los disturbios que promovian los descontentos en el centro de sus estados y la sublevacion de Egipto (463), de que ya hemos hablado; despues la victoria de Chipre, conseguida por el ateniense Cimón, vino á obligar á Artajerjes á consentir en la paz (449); le fué preciso reconocer la libertad de los griegos de Asia y prometer que ya no enviaria ninguna escuadra al Mar Egeo, ni tampoco tropas á distancia de tres jornadas de la costa.

En la guerra de Egipto, llevada á buen término por Megabises, sátrapa de Siria, empenó promesa de salvar la vida á Inaro, rey de Libia, promotor de la revuelta; habiendo sido condenado este príncipe á muerte (447), se valió Megabises de este pretexto para sublevar la Siria, derrotó dos veces á los ejércitos reales y dictó él mismo las condiciones de su reconciliacion con el monarca. Este primer ejemplo de la rebeldía triunfante de un sátrapa contra el imperio fué un incentivo para tentar otras

nuevas. Amestris, madre del rey, y Amitis su esposa, igualmente corrompidas é intrigantes, habian obrado en favor de Megabises, dirigido los negocios á su gusto y mantenido al rey bajo su dependencia hasta el instante de su muerte. Jerjes II, único hijo legítimo de Artajerjes, apénas hacia cuarenta y cinco dias que ocupaba el trono, cuando le dió muerte Sogdian su hermano. Seis meses más tarde fué destronado á su vez el asesino, por Ocho, que le hizo perecer en el suplicio de las cenizas. Este último, tambien hijo natural de Artajerjes, reinó bajo el nombre de Dario II Notho, es decir, el bastardo: conservó la corona por espacio de diez y nueve años (423—404), y se cuenta que habiéndole preguntado su hijo como habia logrado reinar tanto tiempo y tan felizmente le contestó:—*Con la piedad respecto de los dioses, y la justicia respecto de los hombres*. Enseñanos por el contrario la historia que reinó bajo la dependencia de su mujer Parisati y de tres eunucos, y que habiendo aspirado osadamente al trono, Artoxar, uno de ellos, murió en el caldoso.

Trastornando el imperio, disminuyó la obediencia la extincion de la raza legítima de los reyes persas; y tanto más, cuanto que la nueva dinastía se extravió de la constitucion antigua, confiando á un sólo sátrapa el gobierno de muchas provincias é invistiéndole hasta con la misma autoridad militar. Desde entonces se multiplicaron las revueltas, y aunque la córte logró sofocarlas, venian á ser otras tantas pruebas de debilidad los pérfidos medios que empleaba para obtener este resultado. Figuraron como las más peligrosas la de Arsites (414), hermano del rey, sostenido por un hermano de Megabises, y la de Pisuthes, sátrapa de Lidia. Aquellas dos rebeliones no fueron apagadas, sino en virtud de la traicion empleada para que fuesen entregados sus caudillos.

Aprovecháronse los egipcios de la inquietud y de la debilidad de sus dominadores. Amirhteo, que desde la sublevacion de Inaro, se habia mantenido en medio de los pantanos, salió á campaña, y auxiliado por la poblacion lanzó de nuevo á los persas de Egipto (414), condujo su empresa con tal ventura, que los persas hubieron de resignarse á reconocerle por rey así como á sus sucesores.

De gran peligro se hubiera visto amenazada Persia, si Grecia hubiera pensado entonces en tomar venganza de los ultrajes recibidos, y si Conon se hubiera anticipado á Alejandro Magno; pero la guerra del Peloponeso que duró tanto como el reinado de Dario Notho, no sólo aseguró la tranquilidad á los persas, sino que les brindó coyuntura de dañar á la Grecia. Representando respecto de ellos el papel de los emperadores de Alemania con las repúblicas italianas de la edad media, y acechando el momento de apoderarse de ellas como de una presa que les pertenecía, alimentaban las facciones, corrompian á precio de oro, y sostenian al partido vencido con el fin de debilitar al partido vencedor. Poco á poco hubieran impulsado la Grecia á su pérdida, si hubiesen tenido siempre para dirigir su política, ánimos tan desembarazados como Tisaferno, y si las resoluciones del gabinete no hubieran sido contrariadas por los celos y caprichos de los sátrapas del Asia Menor. Habia conseguido Tisaferno concluir un tratado de alianza con Esparta (414), cuyos efectos supo por mucho tiempo impedir la destreza de Alcibiades.

Llegó Lisandro á conciliarse las simpatías de Ciro, hijo segundo de Dario Notho. Varios escritores nos lo muestran como el modelo de los príncipes, á la vez prudente, instruido, activo, valeroso, fiel á su palabra y de una invariable probidad. Contaba á Lisandro que él mismo habia delineado sus jardines de los que hacia sus delicias, que habia cavado la tierra y plantado los árboles con sus propias manos. Manifestaba alguna duda el espartano y hacia alusion al lujo de sus vestidos, á los collares y brazaletes de que con profusion se adornaba; entonces juró por Mithras el jóven príncipe, que jamás tomaba ningun alimento sin haberse fatigado en el trabajo.

Si realmente poseia las buenas cualidades que se le atribuyen, eran al ménos disminuidas por su educacion en el serrallo, y por la predileccion de su madre Parisati, que adulaba su vanidad y su deseo de reinar. Castigaba con la muerte el ceremonial de la córte de Persia, á cualquiera que mirase el rostro de una concubina del rey, tirase antes que él á una pieza de caza, ó apareciese en presencia suya sin tener las manos metidas entre las mangas del

vestido. Descuidaron esta formalidad dos primos de Ciro, al presentarse delante de él, y les hizo dar muerte. Pareció á Dario que este modo de obrar era una tendencia á usurpar honores reservados á la única majestad real, y llamó á Ciro del Asia Menor. Por más esfuerzos que hizo despues Parisati, para hacerle designar como sucesor, confiada en ser de estirpe real, el anciano rey permaneció firme en su negativa y prefirió á Artajerjes II, apellidado Mneumon por su prodigiosa memoria. Confió, sin embargo, á Ciro el gobierno hereditario de la Lidia, de la Frigia y de la Capadocia, hermosas provincias que fueron separadas del imperio.

Aleccionado Ciro por su madre, no las aceptó sino como un escalon para el trono, al cual aspiró con ménos rebozo despues de la muerte de su padre (405). Tisaferno que habia ambicionado el mismo gobierno, acusó á Ciro de traicion con la esperanza de obtenerlo con su caida. Fué preso el príncipe, mas la poderosa Parisati le hizo poner en libertad y enviarle á las provincias de su mando, donde volvió con el deseo de vengarse. Como en los estados despoticos no hay medio posible entre tiranizar y servir, no teniendo disposicion á permanecer esclavo, debió pensar en ser rey.

Hubiera podido parecer inspirado por la locura el pensamiento de derrocar un trono, apoyado en un millon de soldados, en la autoridad de la religion, y en la fuerza de resistencia que las cosas existentes oponen á toda innovacion, sino hubiese tenido en su ayuda el vigor de su carácter, la ciega obediencia de sus adictos y la alianza de Esparta. Se habia conciliado el afecto de los suyos por su valor, su habilidad y modo afable, sobre todo, no siguiendo el ejemplo de sus predecesores; porque lejos de recargar á las provincias, se ocupaba en propagar la industria, practicar la justicia, animar la agricultura, mostrándose más celoso de la ventaja de sus pueblos que de la suya propia. Reclamó la amistad de Esparta por una carta en la cual se alababa de poseer en mayor grado que su hermano los sentimientos de un rey, de ser instruido en la religion y hallarse en estado de beber mucho vino sin sentir sus efectos; añadiendo que rogaba diariamente á los dioses le concediesen bastante vida para poder recompensar digna-

mente á sus amigos y vengarse de sus enemigos,

Armó cien mil soldados en la Península Asiática; éstos eran hombres quienes sus relaciones con los griegos habian formado en la disciplina y sacado en parte de la molicie asiática. Pusieron á su disposicion los espartanos ochocientos guerreros mandados por Cherisofo, y el socorro de la flota (401); autorizáronle además para alistar todos los voluntarios que encontrarse en los estados de su dependencia. De este modo pudo reunir diez mil hombres pesadamente armados, y tres mil entre arqueros y peltastos.

Permitióle la negligencia de Artajerjes acabar tranquilamente estos preparativos, y hacer en sesenta dias á marchas forzadas cuatrocientas leguas con la fuerzas que habia reunido. Presentóse á orillas del Eufrates sin encontrar ni un enemigo hasta Cunaxa, situada á una jornada de Babilonia. Empeñóse entonces una sangrienta batalla; pero en el momento que sus armas triunfaban, fué herido Ciro mortalmente, hundiéndose con él no solo el instigador sino tambien el motivo de la guerra.

No quedaba ya al ejército que le habia seguido más que pensar en su vuelta; entonces los jonios y griegos inmolaron un canero, un toro, un lobo, un jabalí y juraron conducirse como leales amigos durante su difícil retirada. Al verlos colocados en buen orden y acordes entre sí, no osaron atacarlos los persas, comprometiéndose, al contrario, por un tratado, á proveerles víveres á condicion de que no cometerian extragos en el pais que atravesasen. Entretanto, Tisaferno, autor de este tratado, proyectaba perderlos en connivencia para este objeto con Arieo, que habia tomado el mando de los jonios, para que tuviese que abandonar á los griegos. Envolvió, en efecto, traidoramente á los diez mil en la red de canales que, extendiéndose del Tigris al Eufrates, cubria á Babilonia, y asesinó á Clearco con cuatro generales. No se desanimaron por esto los griegos, sino que por el contrario, continuaron su retirada bajo el mando de Cherisofo y Jenofonte, discípulo de Sócrates.

No inspirarian á nuestros contemporáneos un interés tan vivo los grandes reveses de este puñado de valientes, principalmente despues

de la retirada de Moscou, sino fuesen relatados por Jenofonte, el Ney de la antigüedad (400). Le debemos la primera relacion de una retirada, hazaña militar del mayor interés, porque no se vé al hombre correr al peligro por ambicion, avaricia ó heroismo, sino escaparse bajo el imperio de la necesidad.

Desde luego formaron los jefes cuatro falanjes, marchando dos de flanco y dos de frente; en el centro iban los hombres armados á la ligera, acémilas, los servidores y mujeres; los carros, los bagajes y hasta las tiendas, se habian incendiado, distribuyéndose los objetos indispensables. Encontrándose en un pais llano, privados de la esperanza de toda asistencia, inquietados sin cesar por la caballería de Tisaferno, reconocieron la dificultad de marchar formados en cuadro, pues cuando se pica muy de cerca la retirada, no pueden los soldados conservar sus puestos, sobre todo en los desfileros, donde es preciso disminuir el frente. Formaron, pues, seis compañías de cien hombres cada una, que llenando los huecos remediaban el desórden, dividiéndose aún más en destacamentos para atravesar las montañas Carducas.

Durante este largo y penoso camino la experiencia enseñó á Jenofonte cuán importante era la precaucion de ocupar las alturas con tropa armada á la ligera para vigilar al enemigo y tenerlo fuera del alcance del tiro; le enseñó á acampar con órden, á elegir posiciones ventajosas, á marchar con las filas unidas, á no desperdiciar los víveres que encontraban, á llevarlos para varios dias, á mantener las hogueras encendidas y á coger á los espías del enemigo para servirle de guía; en una palabra, cada paso era ocasion para una nueva leccion. Era preciso impedir á los soldados se acercasen al fuego por los grandes frios, hacer avanzar durante la noche á los hombres pesadamente armados, despues la infantería ligera y la caballería por último, de modo que se encontrasen reunidos al fin de la jornada. De tiempo en tiempo se sacrificaban víctimas á los dioses para sostener el valor de los soldados.

Así fué como á través de privaciones, obstáculos y traiciones de toda clase, llegaron por fin los griegos, llenos de la alegría fácil de figurarse, á la orilla del mar, y al cabo de un

una usurpacion, le fué perdonado, probando que era el único capaz de mantener á Esparta en el alto lugar en que se habia colocado.

Informados los lacedemonios de que el rey de Persia armaba contra ellos una escuadra fenicia, resolvieron enviar su flota á asediar sus estados. Dieron el mando á Agesilao, que era el primer rey de Esparta, despues de Agame non, que se encontraba á la cabeza de las fuerzas unidas de la Hélada. Juró al partir forzar al rey de Persia á una paz ventajosa ó causarle las mayores pérdidas. En lugar de diez senadores que por lo comun acompañaba á la guerra á los reyes de Esparta, con el título de consejeros, pidió treinta. Fué Lisandro de este número, y como más que nadie habia hecho bien á sus amigos y mal á sus enemigos, era extremadamente temido por éstos y amado por los demas, manifestándole los tiranuelos del Asia Menor más respeto que á Agesilao, que los veia con disgusto. Resultó, pues, de esto que en lugar de entregarle toda la autoridad, como Lisandro habia creído, procuraba por todos los medios aumentar la suya hasta encargarle de la administracion de subsistencias.

Recurrió Tisaferno á sus artificios y perjuros de costumbre para arrastrar á Agesilao á su pérdida; pero el rey de Esparta, más hábil que él, los convirtió en contra del sátrapa, que fué derrotado en las orillas del Pactolo. El corazon de la reina Parisati, que abrigaba grande odio tanto contra Tisaferno, como contra aquellos que habian contribuido al triste fin de su querido Ciro, empleó tales mañas para hacer daño al vencido, que el rey envió á Titrausto al Asia Menor para reemplazarle en el mando y darle muerte.

Procuró Agesilao captarse la voluntad de Titrausto con ricos presentes; pero su vida frugal alejaba de él la tentacion de los tesoros. Sólo consintió en llevar sus armas contra la Frigia, gobernada por Farnabazo. En gracia de la alianza que contrajo con el rey de Egipto, rebelde entonces á la Persia, impidió Agesilao los grandes armamentos que Artajerjes, cuyas flotas no podian navegar en los mares de Asia, esperaba sacar de la Fenicia y la Cilicia. Fué vencido Farnabazo, y los sátrapas, humillados, temblaban delante de Agesilao, el que conociendo en adelante la debilidad del imperio,

año á Trebisonda, ciudad amiga, donde cumplieron el voto á Júpiter Salvador. Cuando Jenofonte, que mandaba sólo desde la muerte de Cherisofo, entró en Parthenia de Grecia, no tenia ya consigo más que seis mil compañeros, guerreros ennoblecidos por tantas fatigas y por el valor que habian manifestado sufriendolas; sus padecimientos eran una manifestacion evidente de la superioridad de un puñado de valientes disciplinados sobre las innumerables masas persas.

Despertábase en este momento el recuerdo de las antiguas hazañas; por una parte, indignados los griegos de los que les habian hecho traicion, tomaban la resolucion de proclamar la libertad en el Asia Menor; por otra, se adelantaba Tisaferno para castigarlos por haber pactado con los griegos. Habiendo reunido sus fuerzas á las del sátrapa Farnabazo, atacó las ciudades eolias del Asia Menor (399); éstas recurrieron á Esparta, que mandó en su socorro tropas del Peloponeso y de la Atica. Fué batido porem enemigo el espartano Thimbrono, que las mandaba; pero Dercilidas, que le sucedió, condujo á los griegos á la victoria (398); aprovechándose despues hábilmente de los celos entre Tisaferno y Farnabazo, atrajo al primero á una tregua (397); pero Tisaferno la rompió tan pronto como creyó favorable el momento. Esparta vió entonces formarse un gran capitán.

Agis, rey de Lacedemonia, no habia dejado más que un hijo, llamado Leotichidas, pero como el rumor público se le atribuia á Alcibiades, hizo tanto Lisandro con la esperanza de adquirir más poder, que se prefirió á un hermano de Agis, de ruin apariencia y cojo además, que se llamaba Agesilao. Ocultaba, no obstante, bajo un aspecto desfavorable una grande alma el nuevo rey, nobles sentimientos y generosa ambicion, aunque atemperada por la modestia y afabilidad. Educado como un simple ciudadano, conservó las rígidas costumbres prescritas por Licurgo, siendo tal su popularidad, que los éforos le multaron, porque arrastraba consigo á casi todos los ciudadanos de la república. Al revés de sus predecesores, que habian tenido que sostener luchas continuas con los éforos y el senado, él les manifestó la mayor condescendencia, mostrándose exacto observador de las leyes. Si llegó al trono por

abrigaba ya la idea de subyugarlo y meditaba los medios, cuando fueron trastornados sus proyectos, no por el hierro, pero sí por el oro.

Habían conocido los persas por una larga experiencia, cuál era el poder del dinero para con los griegos; pensaron, pues, suscitar en el interior de la Grecia enemigos á Esparta, pues conocían que la estrecha base sobre la cual quería Agesilao apoyar tan grande edificio, no resistiría al más leve choque. Timocrato de Rodas compró ó sedujo con doscientas mil libras á Ciclon, de Argos; Timoteo de Polianto, de Corinto; Androclido, Ismenias y Galacodoro, de Tebas; los que empezaron á levantar la voz contra la tiranía de Esparta, y sobre todo á ponderar el sacrilegio que había cometido asolando el sagrado territorio de la Elida, esto era un crimen, según decían, que el cielo no podía dejar de castigar. Es verdad que Esparta había dejado sentir su yugo sobre los corintios, arcadios, helenios y demás aliados en la guerra del Peloponeso, mostrando además la ambición de dominar en todo. Los discursos de estos demagogos fueron escuchados favorablemente. Formóse una liga entre Corinto, Tebas y Argos, á la que no tardaron en adherirse los tesalios y Atenas, á quienes Trasíbulo excitaba á consolidar su independencia con la victoria. Comenzaron los tebanos las hostilidades, y Lisandro, que había acudido á asediar á Aliarta, plaza la más fuerte de la Beocia, fué atacado por los tebanos y atenienses reunidos, mas la suerte le fué adversa, y pereció en el combate.

Murió á tiempo, porque su natural altanero, orgulloso, había excitado el descontento de los espartanos, y más todavía sus tentativas por sustituir una dignidad real hereditaria bajo pretexto de favorecer el mérito con preferencia al acaso, si bien realmente con objeto de ascender él al trono. «Quitate para ponerme yo,» es la antigua divisa de los innovadores. Había hecho hablar á los oráculos y había trabajado á los ánimos á este efecto; de tal modo le testificaba el pueblo su estimación, que en honor suyo se habían celebrado fiestas. Como se suscitaban dificultades entre los espartanos y los argios con motivo de ciertos límites, cada cual alegaba sus razones:—Hé aquí la razón, dijo Lisandro echando mano á su espada.—Devoróle en sus últimos años celosa furia contra Agesi-

lao, *ingrato amigo*, de quien había creído hacerse un ciego instrumento, y que vino á ser su señor en suma. Con la inmensa cantidad de oro que introdujo en Esparta la causó un gran daño: no obstante murió tan pobre, que dos ciudadanos, que debían casarse con sus hijas, no quisieron aceptar su mano luego que supieron aceptar su mano luego que supieron su poca fortuna; vileza que les valió la nota de infamia. Habiéndolas enviado algunos magníficos trajes, Lisandro las prohibió que los admitiesen, diciéndolas:—*Eso haría que se dudase de vuestra virtud.*

Vencido en Aliarta el rey Pausanias, volvió á Esparta, donde fué condenado á muerte. Nuevamente llamado Agesilao á voz en grito, antepuso la obediencia á la gloria, y renunció á sus vastos proyectos acerca del Asia; tornó á Grecia con más de 8.000.000 de francos y diez mil soldados: no le había corrompido el contacto con los persas; hallábase sentado sobre la yerba y haciendo una frugal comida con los demás soldados, cuando los embajadores del gran rey llegaban á ofrecerle vanamente oro, ricas vestiduras y toda especie de exquisitos manjares.

En un mes anduvo el camino que tardó Jerjes en recorrer un año, batió á los aliados en Coronea (393), y aseguró de nuevo la supremacía á Esparta; pues habiéndose dejado sorprender Pisandro cerca de Guido en la misma época, le hizo sufrir la escuadra de Conon una derrota. Después de la batalla de Egos-Potamos se había retirado el ilustre almirante ateniense cerca de Evágoras, tirano de Chipre; ayudándole á hacer dichoso aquel país que desde entonces no sentía la dependencia de la Persia sino por el leve tributo que tenía que pagarla. Pero el ateniense ardía en noble empeño de dar realce á su patria, y exponía á Evágoras cuán glorioso sería abatir la insolente dominación de Esparta, y restablecer en su puesto la ciudad de las artes y de la cortesanía. Ganoso de lograr su objeto no desdeñó extranjeros socorros, é hizo que le recomendasen al gran rey Evágoras y Farnabazo en el momento en que Agesilao ponía en peligro la pujanza de los persas. Presentóse Conon delante del monarca, y habiéndose dispensado de prosternarse á sus plantas, uso que repugnaba á los griegos, le

puso de manifiesto la necesidad de hacer un grande armamento marítimo: el dinero que recibió hubo de servirle para juntar con admirable presteza un número bastante crecido de buques jónicos y fenicios á fin de atacar á Pisandro y de derrotarle (394). De este modo perdió Esparta la preeminencia por mar, adquirida durante veintisiete años de la guerra del Peloponeso. Después de haber conquistado Conon las Cíclades y Citarea y causado destrozos en las costas de Laconia, se presentó en los puertos por largo tiempo desiertos del Pireo, de Faleria y de Muniquia y tornó á levantar los muros de su patria.

Fácilmente se concibe el disgusto que esto causó á Esparta, y viendo que no le bastaba la fuerza, recurrió á la intriga. Rival de Agesilao y celoso por arrebatarle la ocasión de distinguirse en la pelea, se dirigió el espartano Antalcidas en calidad de embajador cerca del rey de Persia, bien resuelto á infundirle sospechas respecto de Conon (387). Antalcidas era uno de esos caracteres lijeros que siembran el camino de depravación con flores; no ménos elocuente que astuto ponía en ridículo las austeras leyes de Licurgo, y excitaba la risa de las cortesanas persas á costa de Leónidas, de Calicrátidas y de Agesilao, que les habían hecho temblar sólo con sus nombres. Dió Antalcidas el suyo á la paz que concluyó entonces, estipulándose en el tratado, «que las ciudades griegas del Asia Menor, de Chipre y Clazomena quedarían bajo la dependencia de Persia, que Atenas conservaría su jurisdicción sobre Lemnos, Imbros y Scyros; que la Grecia de Europa tendría plena libertad de gobernarse á su antojo, y que Esparta lucharía contra todo el que no se aviniera á este tratado.»

Así daba Esparta al extranjero derechos de soberanía sobre la Grecia y reconocía vilmente el vasallaje de aquellas repúblicas, por cuya libertad se había prodigado tanto valor y tanta sangre. Háse dicho que no era posible á los griegos mantener aquellas provincias independientes; y es cierto mientras no hacían más que destrozarse unos á otros. ¡Malhaya el país libre que remacha los hierros de otro! Al renunciar los persas á la dominación sobre el mayor número de ciudades de Grecia, obedecían á una experiencia prolija y dolorosa. Además, la cesión

de las colonias del Asia tenía por forzoso resultado hacer que desde entonces prevalecerían en Grecia, no las fuerzas marítimas, sino las de tierra.

Por la última cláusula del tratado se había asegurado Esparta la preponderancia en Grecia, puesto que le suministraba un pretexto para reclamar el socorro del gran rey en interés de la paz. Y ni aún merece el nombre de paz aquella momentánea concordia, porque inmediatamente después declaró Artajerjes la guerra á Evágoras, quien auxiliado por los árabes y los egipcios pretendía aprovechar sus inmensas riquezas para hacerse independiente, si bien acabó por perder la vida. Atenas y Esparta, por su parte, no hicieron más en el transcurso de ocho años que crearse obstáculos recíprocamente, fomentando las disensiones entre Corinto y sus desterrados, las ciudades de Macedonia y de Olinto; por último, el orgullo de Esparta no cesaba de multiplicar las causas de descontento que la abrumaron con nuevos desastres.

CAPÍTULO XII.

Los macedonios.

Hallábase situada la Macedonia ó Ematia, allende la parte más septentrional de la Grecia después de la Epiria y de la Tesalia; al Norte está separada de la Misia superior por los montes Scardo y Orbelo, (*Argentorato*); al Levante de la Tracia, por el Pangeo (*Castagnati*); de la Tesalia por el Pindo y el Olimpo, que con el Hemo y el Athos (*Monte-Santo*), son sus principales montes. Debemos citar entre sus cincuenta ciudades á Stágira, junto al golfo Strimonio, patria de Hiparco y de Aristóteles; Tesalónica (*Solonichio*), Amfípolis, Filipos, celebre por la batalla en que se decidió la suerte de la libertad romana; Pella (*Palatiza*), que vino á ser la capital después de Edeso (*Vedina*); por último, Egéa y Olinto. Estaba dividida en tres partes, que se componían de los territorios de Pieria, de Pangeo y de la península Calcídica; favorecían la navegación los golfos Termaico y Strimonio y las bahías Torónica y Singítica; abordaban al puerto de Dirrachio los buques procedentes de Italia. Era el clima desapacible, como acontece por lo general en los